

Antonio Oviedo Cadierno “El Chivo”

Nací en La Campana, el 23 de Mayo de 1917 y me conocen por el alias “el chivo”. Mi padre conocía todos los oficios del campo pero estaba acreditado como mayoral de cerdos, capador, estuvo mucho tiempo con Benjumea.

Recién nacido, hubo una huelga general muy grande, la secundaron la UGT y la CNT y afectó a los cortijos grandes. Benjumea se iba a Las Cañas, y se le vino encima la huelga, y llamó a mi padre y a Tobarito el cabrero y les dijo, no irse, porque aquí podéis criar a vuestros hijos bien. Tenían la disyuntiva: “o se van a la hambre, o a lo otro”. Mi padre le dijo que temía que tomaran represalias contra él. Allí estuve hasta que tenía 11 años y los que estuvieron con Benjumea sacaron dinero. Fue padrino de mi hermano Manuel, mucha gente iban a los pelones de los bautizos a recoger las perras chicas y gordas

Mi madre era muy trabajadora y virtuosa, con 5 hijos tenía más de 100 gallinas, comerciaba con los recoberos intercambiando productos. Si mi padre se entretenía, ella limpiaba los criaderos.

Mi abuelo materno era de Zamora, tratante de potros, que llevaba a Portugal . vino por Andalucía, le gustó las tierras y el clima y estuvo arando tierras por aquí, pero al darle de beber a los mulos, se dio un golpe en la cabeza y se mató, y la

señora Pastora recogió los hijos. A mi madre le enseñó a leer, los número, allí daba clases en Las Cañas un hombre al que mi madre le apodo “el solitario”, y cuando se recogía el ganado venía a dar clases particulares. Mi madre se aficionó a la lectura en la candela de llamas, donde ponían un candil que le decía el lechuzo porque tragaba mucho aceite. Leía con unos tomos que le prestaban en el pueblo de “historias de bandoleros”. Pero sobretodo le enseñó a cocinar, y se hizo una gran cocinera, adquiriendo el compromiso que sería su madrina cuando se casara.

Empecé a trabajar con 8 años, iba de zagal, me daban un jato: sal, tocino fresco, ajo y vinagre, y cada 15 días me daba algo de dinero.

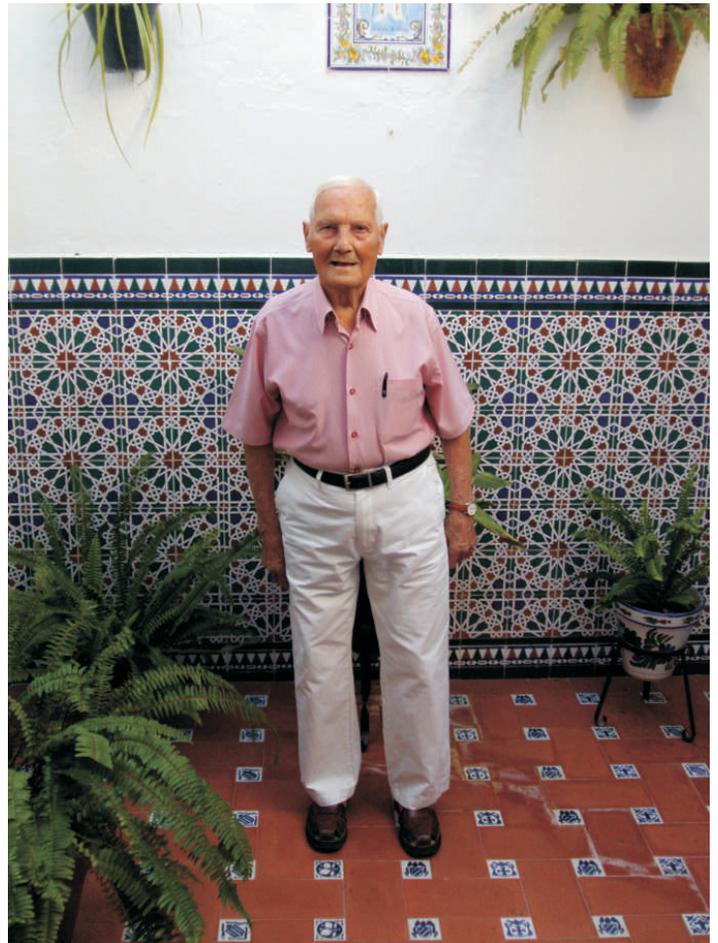
En mi juventud había pocas diversiones: la feria, semana santa, carnaval, que era lo mejor que había en el mundo: muchas murgas por las calles, cruzaban bandera, iban a Fuentes. Recuerdo una copla que decía: **“en este mismo momento, dos maestros e dan la mano, demuestran los sentimiento, ciencia y talento del ser humano. En los tiempos que pasaron cuando las guerras se destrozaron, para la paz recetaron, porque la guerra se propagaba, pero en nuestros días hay variación, la patria se lleva en el corazón”**. Eran muy bonitas las estudiantinas, pero esto se perdió.

Hacían las corralejas de los toros en el callejón del ayuntamiento. Cada familia hacía su andamio con dos pisos y la jaula. Cada finca daba una corrida, de Leal, Cabo Sanz, Benjumea... y se metían por la calle Carmona. Más actualmente, cuando se reinició la fiesta se celebraba en el Calvario, y allí recuerdo a Charló que se metía dentro de un barril y el toro bebía cuando él quería salirse.

De la semana santa, en la Soledad no iban nada más que mujeres.

El día de los santos, en las dehesas de Las Yeguas había un inmenso chaparral, y la carretera de Palma hasta dicha dehesa, iba de bote en bote, allí hacíamos columpios y no se celebraban los domingos.

Cuando entraron las tropas el día 2 de agosto, a mi y a mi hermano nos llamaron cuando venían por la calle Idogrande, y saltamos por el corral a la calle Larga. Había una pocas mujeres dando voces, diciendo: “que se vayan, que se vayan”. Mi hermano se escapó por la calle Nueva, y yo me volví para atrás. Alas 12 de la noche me presenté en casa de mi tía Vicenta, cuyo corral daba al campo. Por all



el camino hacia el Molino de Viento, me fui a la Verruga, donde mi padre estaba haciendo carbón, y de allí a una choza de mi primo Pirinde, cerca de Lora. Vi venir a Carole el mayor, descalzo. Mi primo se había ido huyendo a Peñaflores. Nosotros seguimos para adelante hasta el camino de los contrabandistas, pasamos la noche en un rancho, donde nos dieron unos zapatos y de comer. Al día siguiente se fueron a Lora y me tropecé con Tomás Parrilla y comimos en su casa. Había mucha gente de La Campana y dijeron que venía fuerza por La Matallana. Tiraron cañonazos, y por la noche me fui a la sierra, donde me perdí de los demás. Me encontré con el Barbillo y nos fuimos a Constantina, San Nicolás, Alanís, y Guadalcanal. Vi venir a Motolo, dirigente sindical y me dijo que mi hermano y otros pocos iban de La Puebla a Malcocinado, le propuse a Barbillo ir hacia allí y no quiso. Me fui con un grupo de mineros, me parecía que el tiempo tenía 2 velocidades por las ganas que tenía de dar con ellos. Al llegar nos dieron un socorro, y pregunté por los campaneros. Me dijeron que iban para Azuaga, que estaba abarrotada de gente. Di una vuelta y vi a mi hermano con 7 u 8 más y nos llenamos de alegría. Pasamos por la Granja, Peraleda del Saucejo, nos encontramos con unos gitanos que nos dijeron: "la que habéis liao los payos con querer tierras y olivos". En Peñarroya y Pueblonuevo del Terrible, nos lavaron la ropa y en tren nos evacuaron hasta Arenas de San Juan (Ciudad Real), donde nos dieron comida y nos recogieron familias, estuvimos un mes y no querían que nos fuéramos, pero tuvimos que hacerlo y esa fue nuestra perdición. Llegamos a Madrid, nos llevaron a Somosierra, donde encontramos a Antonio López, "el pato", de ahí a Madrid con Salvador Dana, que era el alcalde republicano de La Campana, del partido de Martínez Barrio, que tenía una cara de bondad y se exilió, pero a la mujer la mataron. Nos apuntamos al batallón de Martínez Barrio, y finalizó la guerra estando en Aranjuez. En un pueblo de Toledo, le entregamos las armas a los italianos. Hacía mucho frío, estábamos acampado al lado de unas viñas y a la mañana siguiente no quedó ninguna, porque la habíamos arrancado para hacer candela. Por la noche entramos en Toledo. Allí le dijo un niño a su madre: "Mamá, ¿no dicen que los rojos tienen rabo?, pues yo no se lo veo". A penas si nos daban de comer, pero si unas charlas humillantes, dadas por los falangistas durante un mes. De allí nos vinimos a La Campana. En Córdoba, dos guardias nos recomendaron que no bajáramos en Lora, sino en Palma del Río. Entraron por las Barrerías, a casa de su tía Vicenta, tras ver a la familia se presentaron a la Falange, donde nos tomaron declaración a mi hermano lo metieron en la cárcel, y a mi en el paseillo donde tenían las bebidas, durante 20 días. A mi hermano le salió pena de muerte, después se la conmutaron por 14 meses de cárcel.

Tuve que servir nuevamente en Osuna, con un pizjuarero y en Jerez aprendí a poner inyecciones e hice las veces de practicante, dos años.

Después de la guerra trabajé con mi padre en desmonte y en lo que salía.

Al poco tiempo de venir conocí a mi mujer, que fue una gran compañera, con la que estuve 8 años de novio. Tuve 2 hijos, se murió Juan y procuré darle los mejores estudios y que fuera costurera a Encarni.

Los tiempos actuales han ido evolucionando, se dio un buen salto a la democracia lo más importante que se ha hecho a mi entender es entrar o estar en la Comunidad Europea.

La crisis, ha habido muchas a lo largo de los tiempos, por ejemplo, ya en la Biblia hablaba José de los 7 años de vacas gordas y 7 años de vacas flacas.



La vida de Antonio es imposible resumirla en dos páginas por la cantidad de vivencias y recuerdos que tiene, de ahí que esté escribiendo su biografía, además de otros muchos temas relacionados con La Campana y sus habitantes que iremos publicando poco a poco.

Desde aquí queremos agradecerle muy especialmente su colaboración y le animamos a que siga con sus proyectos de darnos a conocer a esas personas y situaciones pasadas que nos ayudan a comprender mejor el pasado de nuestro pueblo y de su gente.